



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2001, Manuel L. Alonso

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-025-1

Depósito legal: M-37.644-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Quinta edición: octubre de 2019

Más de 14 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La noche de los monstruos**

Manuel L. Alonso

Ilustraciones de Julián Hormigos

loquele<sup>o</sup>



## Los fantasmas no dejan huellas

Arturo y Guillermo comenzaron a atravesar los campos desiertos. Tras ellos quedaron las últimas casas de la urbanización en la que vivían.

7

El día era gris y frío. Arturo pensó que habría hecho mejor quedándose en casa. Una buena merienda y un programa de televisión o un libro de misterio sí que eran maneras sensatas de aprovechar un día de fiesta, en lugar de aquello.

Guillermo, en cambio, estaba tan emocionado ante la idea de una aventura que daba saltos de impaciencia.

—Sígueme con cuidado —aconsejó, atribuyéndose el papel de guía y jefe—. No vamos a caer en alguna trampa.

Guillermo siempre se estaba imaginando cosas. Lo mismo se figuraba que era un navegante solitario como un piloto. En esos casos parecía no ver ni oír la realidad; hablaba solo, gesticulaba como un loco, y tan pronto se arrastraba por el suelo como se ponía a disparar con un arma imaginaria.

—¿Qué trampa? ¿Te imaginas que esto es la selva? Aquí no hay trampas ni peligros, solo piedras y basura —dijo Arturo.

Era un misterio que dos chicos tan distintos fuesen amigos. En realidad, no siempre lo eran. Alternaban épocas de amistad con otras en que no se hablaban; mejor dicho, en que Arturo no dirigía la palabra a Guillermo. Pero este jamás se desanimaba y siempre acababa consiguiendo que volvieran a ser amigos.

Muchas cosas los separaban, empezando por los dos años de diferencia, desde los 9

de Guillermo a los 11 de Arturo, y siguiendo por el hecho de que el pequeño era muy inquieto y el mayor tranquilo y pacífico.

—Camina con cuidado —insistió Guillermo, como si no hubiese oído las palabras de su amigo—. Ten tu arma siempre preparada.

9

Arturo se encogió de hombros y siguió andando tras los pasos de Guillermo durante un buen rato. Se alejaron de la urbanización hasta perderla de vista y continuaron caminando, siempre en línea recta (aunque Arturo no estaba muy seguro de eso), por entre los pelados montículos en los que no había otra cosa que matorrales y, de vez en cuando, escombros arrojados sin miramientos.

—¿Falta mucho? —preguntó Arturo, al cabo de una media hora—. Estoy empezando a cansarme.

—La veremos de un momento a otro.

—Dijiste que era una casa en ruinas.

—Sí.

—Y que había algo misterioso en ella.

—Sí.

—Más vale que sea verdad, y no una de tus fantasías.

10 —¿Es que no confías en mí? —preguntó Guillermo dramáticamente.

—No. Te creo capaz de inventar cualquier cosa. Y aún me pregunto por qué te estoy siguiendo como un tonto, en lugar de estar en casa merendando un Big Arthur.

—¿Qué es un Big Arthur?

—Un bocadillo que he inventado: primero, se extiende sobre el pan una capa de paté de salmón; después, jamón serrano, y luego una mezcla de mayonesa con mostaza. También se pueden añadir unas anchoas.

—¿Y está bueno?



—Delicioso. Pienso patentarlo y hacerme rico.

Arturo se relamió solo de pensar en su invento.

—¡Mira! —exclamó Guillermo.

—¿Qué?

—¡La casa!

11

Efectivamente, a lo lejos se veía la silueta de lo que parecía una casa en ruinas.

Seguía sin haber nadie a la vista. Parecía extraño que alguien hubiese edificado una casa en un sitio tan solitario, pero Arturo recordó que a pocos minutos de distancia había un pueblo, aunque no fuese visible desde allí.

—Mucho cuidado ahora —insistió Guillermo, mientras se acercaban a la casa—. Si ves algo sospechoso, dispara.

—Eres un pesado —replicó Arturo.

La casa tenía dos plantas y era un chalé de estilo antiguo, grande y sólido. Todos los

muros se mantenían en pie y también el tejado parecía intacto, pero era evidente que llevaba mucho tiempo desocupada.

12 La puerta principal había sido reforzada con tablas atravesadas y clavadas de cualquier manera, pero alguien las había arrancado en parte y después había roto la puerta, de modo que quedaba un hueco lo suficiente grande para permitir el paso de una persona.

—Vamos —animó Guillermo—, entra detrás de mí.

—¿Estás seguro de que no aparecerá alguien?

Pero Guillermo había desaparecido ya arrastrándose como un indio por la destrozada puerta, y no oyó la pregunta.

Arturo se decidió a imitar a su amigo. Se puso en cuclillas, echó un vistazo al interior, que no le aclaró nada porque dentro

solo había oscuridad, y se arrastró también, emocionado y un poco asustado.

Apenas estuvo dentro, y antes incluso de que sus ojos se acostumbraran a la penumbra y pudiesen distinguir algo más que la figura de su amigo, percibió aquel olor inesperado. Olía a rosas. Extraño olor para una casa en ruinas.

13

—Sígueme, amigo —dijo Guillermo, en voz baja.

Atravesaron el pequeño vestíbulo y se encontraron en un salón de grandes dimensiones. Las ventanas, protegidas con rejas, no estaban reforzadas con tablas y dejaban pasar la luz del exterior. Vieron una gran chimenea muy antigua, cascotes, cristales rotos y un viejo sofá destripado, con muelles que asomaban como los huesos de un esqueleto.

—¿Habías estado aquí?

—Descubrí la casa ayer —respondió Guillermo—, pero no pasé del vestíbulo.

—¿Cómo sabes que no hay vagabundos durmiendo en alguna habitación?

—¿Y qué? A mí me gustan los vagabundos.

14 Arturo meneó la cabeza como dando a entender que era imposible razonar con alguien demasiado joven e inexperto.

—Bueno, ¿y qué me querías enseñar?

Guillermo señaló el suelo del salón.

—Me fijé ayer. ¿Qué te parece?

—¿El qué?

—El suelo.

—Me parece un suelo. Y bastante sucio. ¿Qué me tiene que parecer?

—Fíjate bien. ¿No ves las huellas?

Arturo miró con más atención. Había numerosas huellas de pisadas en el polvo, pero unas se repetían y destacaban nítidamente, distintas y más claras que las otras.

—Son huellas de mujer —dijo Guillermo—. ¿Lo ves?, zapatos con un poco de tacón.

—Tienes razón —admitió Arturo—. ¿Por qué habrá venido hasta aquí? ¿Este era el misterio del que me hablaste?

—Sí, pero no se trata solamente de que haya unas huellas de mujer. Fíjate hasta

15

dónde llegan.  
Arturo recorrió con la mirada una vez más las misteriosas huellas, y tuvo que admitir que su amigo era más observador que él. Había algo muy raro en ellas. Junto a las pisadas de zapatos femeninos, había otras que formaban pequeños círculos, como las huellas que dejan las patitas de un animal.

Y lo más extraño de todo era que cada uno de los rastros llegaba hasta la misma pared. La mujer había recorrido la habitación en todos los sentidos, de norte a sur y de este a

oeste, y no se había detenido al aproximarse a las paredes, sino que las punteras de sus zapatos parecían haberlas tocado.

16 Arturo se la imaginó pegando la cara y el cuerpo a cada una de las paredes. ¿Qué significaba aquello? ¿Una fantasma que podía atravesar los muros? Pero las fantasmas no dejan huellas en el polvo.

¿O sí?

—Vámonos de aquí.

—¿Irnos ahora que empieza a ponerse emocionante? —protestó Guillermo.

—Esto no me gusta nada.

—Pues a mí me encanta. Una mujer que tropieza con las paredes o las atraviesa, acompañada de un animal que a juzgar por las huellas no parece tener más de dos patas, y que dejan un rastro de olor a rosas. Es un misterio que me gustaría desen... desen..., bueno, ya sabes.

—Desentrañar. Pues allá tú, pero yo no tengo ganas de desentrañar nada, sino de merendar. Me voy.

—No puedes irte ahora.

—¿Que no?

—Vamos, Arturo, ¿no te gustaría saber qué significa todo esto? Mira estos círculos, siempre al lado de las huellas de los zapatos. Tienen más o menos el diámetro de una moneda. ¿Qué crees que pueden ser?

17

—Me da igual. Me voy —repitió Arturo.

Guillermo, que se había agachado para examinar las huellas, se incorporó, quedando frente a una ventana. De repente frunció las cejas y silbó bajito.

—Esto se anima.

—¿Qué?

—No puedes irte ahora, Arturo.

—Me gustaría saber por qué.

—Porque tenemos compañía —replicó Guillermo, encantado de poder usar una frase de película.

Arturo se volvió y miró a través de los sucios y rotos cristales. Se alarmó al ver que pronto anochecería.

18 Pero se alarmó mucho más al ver el vehículo todoterreno que se detenía no muy lejos de la casa.

Dos hombres saltaron del coche y se acercaron a paso rápido.

—Vienen hacia aquí.

Los dos amigos se miraron muy pálidos.